

propietario Él, ellas son bienes suyos, bienes arraigados en su esencial dominio, bienes que no por serlo le hacen más rico y abastado. No dará de mano á la materia hasta ahora enriquecida de virtud; obrará en ella prodigios de transformaciones que muestren ser Él su verdadero Hacedor. Si, pues, en el primer versículo se contiene la creación, y en el segundo la conservación, no podía Moisés calificar

á Dios más soberanamente, que juntando entrambos títulos para llamarle Señor ¹, y mostrándonos, antes de narrar la fábrica, de qué condición era el que la había fabricado; ni podía este divino escritor introducirnos con mejor forma en la narración de los seis días que con el frontispicio de esta magnífica entrada.

¹ Genes., II, 4.



DÍA PRIMERO.

—
ERA GEOGÉNICA.



CAPÍTULO XIII.

LA LUZ PRIMERA.

«Dixitque Deus: *Fiat lux.*» (V. 3.)

ARTÍCULO I.

La producción de la luz no es creación de cosa nueva.
— Declárase la voz *lux*. — La palabra de Dios inaugura la fábrica del mundo. — Aparecimiento del primer resplandor. — Respóndese á los reparos de la impiedad.

ETERNIDADES enteras había Dios guardado silencio, hablando aquella palabra divina que es el Unigénito Hijo. Colgadas estaban las jerarquías celestes de su boca, esperando á que la abriese y franquease al mundo la riqueza de sus tesoros. Venido el tiempo, rompe con aquella soberana voz: *Hágase la luz.*

Con razón los maestros de elocuencia han contemplado atónitos la alteza y profundidad de esta primera palabra de Dios¹; grande, no tanto por ser la primera y obradora de portentosos efectos, cuanto por celebrar el estreno de la fuerza, inaugurar el principio del movimiento, y despertar rayos de hermosura en todo el universo corpóreo. El Dios de la majestad, con intimar este mandamiento, *fiat lux*, mueve y revuelve la infinita variedad de átomos, aguza la actividad de las fuerzas, hace vibrar el sutilísimo éter, enciende centellas de calor, aviva resplandores, produce electricidad en todos los pun-

tos de la masa caótica, y desterrada por siempre la inercia absoluta, funda el reinado de la energía, que sólo acabará con el cerrar de los siglos. En este primer día comienza á ordenarse aquella materia que fué criada *informe* en el principio de los tiempos. De la junta de los elementos, dotados de propiedades, habían de resultar las substancias corpóreas que debieran ser principios de operaciones sensibles. El caudal de los poderes atesorados en el caos se pone hoy, en gran parte, en activa circulación, para que la materia *informe* dé lugar á la formación y abra camino al ornato del universo.

No puede caber en ello duda al que tenga leído el sentir del Angelico Doctor acerca de este día. «Según la opinión de los que ponen la materia *informe* antes de su formación, conviene confesar que la materia fué producida en el principio debajo de formas substanciales, y que después adquirió condiciones accidentales, entre las que la luz es la primera y principal².» El mismo P. Arriaga consiente que al decir Dios *fiat lux*, estaba ya hecha la educación del sujeto que se había de iluminar². Así es: porque, ¿á quién podía el Omnipotente mandar sino al

¹ I, q. LVIII, a. 4.

² De op. sex dier., disp. XXIX, sect. 1.

¹ ROLLIN: *Traité des états*, l. III.

que podía y debía obedecer? No manda á la nada, que carece de entidad; manda á la materia informe é inerte. No mandó en el principio; sacó del profundo del no ser, sin mandamiento alguno, la materia elemental, que, sujeta al dominio del soberano Hacedor, había de constituir la universidad de las cosas. Por eso dijo elegantemente Alberto Magno: «En la obra de la creación usa el Profeta de la palabra *crear*, porque los cuerpos se producían entonces de nada; en la obra de la distinción sírvese de la palabra *fiat*, *fecit*; porque no se da ser, sino sólo forma y situación». Siguiendo el hilo de este significativo comentario, el *fiat lux*, mejor se traslada, conforme lo pide el original hebreo *sit lux*, *et fuit lux*: *sea lux*, y *hubo lux* (וְהָיָה אֹרֶךְ וְיָרָא אֹרֶךְ), insinuando antes producción del fenómeno luminoso que creación de substancia ninguna. Advierte el rabino Wogue, en sus notas al texto bíblico, que «el original dice sencillamente *haya lux*; y esto es más lógico que el emplear artículo». «Y generalmente hablando, prosigue, en este capítulo los sustantivos son indeterminados cuando se da ordenanza, y determinados cuando designan la ejecución.» Así, no fabrica Dios la luz sacándola de la nada, como con la materia hizo; bástale mandar que parezca, y se deje ver y muestre la hermosura de sus rayos: y en ello danos el texto á entender que no era la luz algún ser que fuese levantado á la dignidad de substancia; mas una manera de ostentar la materia su lustre, viveza y claridad. Bien podemos certificar que si el texto original abiertamente dijese haber hecho Dios la luz, no por eso habíamos de pensar que la luz era nueva substancia producida de la nada.

Tomando ahora el agua más arriba, para declarar el propio sonido de la

voz hebrea (אֹרֶךְ) *or*, es constante que nunca de los eruditos recibió significación de fuego; pero siempre de lumbré, destello, resplandor. No así el vocablo (אִיֶר) *ur*, que comúnmente en las sagradas Letras se interpreta llama, fuego, y no luz. Ni hace al caso que las voces *lux* y *calor* suelen tomarse la una por la otra en el lenguaje común; porque el sagrado escritor, haciendo caso omiso del calor, mienta solamente la luz, por ser ella más cierta demostración de la fuerza, y para hacer más solemne alarde le quita á la luz el artículo, con que significa ser sustantivo más absoluto y ostentoso, como si quisiera decir: haya movimiento, dé principio la actividad, sonó la hora, destrábense las fuerzas, bullan y rebullan hasta rematar en vivísima lumbré. Pe-regrino es el reparo de M. Bois-Rey-mond al notar que *la luz fué* es anacronismo filosófico; pues no hubo luz sino en el acto en que el primer infusorio la percibió y la distinguió de las tinieblas. Con semejantes niñerías hacen gala de agudos ingenios los llamados sabios. Respondióle santo Tomás hace tiempo: «El nombre de luz primeramente fué instituido para representar aquello que es capaz de hacer impresión en el sentido de la vista». Venga ahora Tyndall á tappar la boca á su consorte de Berlín. «La palabra *lux*, dice, puede significar dos cosas: ó la impresión hecha en nuestra conciencia (!), ó el agente físico que causa esa sensación!». En este postrer sentido hablaron siempre los Escolásticos cuando inquirían la naturaleza de la luz en este primer día.

El glorioso san Ambrosio notó que la voz de Dios no fué un sonido cualquiera, sino demostración de la divina voluntad. «La augusta voz de la luz, dice, no significa aparato de ordenanza, sino resplandeciente efecto de la

¹ 1 p., q. lxxvii, a. 1.

² La Lumière, p. 137.

operación. El Artífice de la naturaleza enderezó su voz á la luz, y la hizo. Voluntad divina es la palabra, la naturaleza es su obra!». Manda Dios á la materia que se mueva; manda, después de dotarla de fuerzas y de facultad para moverse; manda, y la materia, que tan suya es, obedece á la soberana voluntad. No manda Dios al sacarla de la nada, porque no estaba aún enriquecida de virtud; pero, habilitada ya, convenía que empezase á mostrarla y la derramase ordenada y convenientemente. Dios, pues, en disponer que *sea lux* traza las formas de movimientos que la materia debe ostentar, prescribe leyes á sus operaciones, sujeta á régimen sus potencias y, armonizándolas templadamente, empieza á encaminar el plan de su infinita sabiduría.

Poderosa es la voz del Sumo Ordenador, á la que con tanta ligereza obedece la criatura. Intimada la orden al caos que se dé prisa á salir de su reposo, y que haga patentes las propiedades de que fué colmado al cobijarle bajo sus alas el Espíritu de Dios, es tan eficaz el imperio, y les imprime á los átomos un tan poderoso ímpetu, que al punto movimientos vivísimos estallan, se avivan, se aceleran. dan calor, echan claridad, despiden destellos, centellean luz, como lo certifica el inspirado escritor, diciendo: *Et facta est lux; y lux fué*; con que indica el rapidísimo efecto de la voz divina, sin entrar en la explicación de las causas ni en las resultas físicas, químicas, astronómicas, que no venían á su propósito. No declara Moisés que la luz resplandeciese en lo alto de los cielos, ni que bañase con su claridad la tierra, ni califica el grado de su intensidad, ni el tiempo que tardó en despertar y lucir; genéricamente testifica que brotó y brilló; mas «eso no

impide, dice el P. Pianciani, que nos representemos con el pensamiento un incendio y una conflagración universal, no temerosa y lamentable, sino apacible y agustísima, un espectáculo majestuoso que, lejos de amenazar con desastres, traía consigo los apercebimientos necesarios á los futuros vivientes». De esta manera se promulgó la ley de la formación de los cuerpos, y se mandó á las fuerzas que, estreñando sus bríos, rebosasen bienes y sacasen un mundo perfecto y hermoso; y establecida esta soberana obra, la tuvo el Señor por buena viendo cuán sobrepajante era. Mas antes de proseguir, pongamos en resumen el juicio que hicieron los antiguos de esta primera jornada.

Algunos racionalistas de la estofa de Voltaire y de Strauss se han escandalizado, teniendo por absurdo que la Escritura Sagrada haga brillar la luz en el primer día, y en el cuarto el sol, fuente de luz y calor. Á su debido tiempo responderemos plenamente á esta dificultad. Baste por ahora declarar que la ciencia moderna ni ha demostrado ni es capaz de demostrar que la única fuente de luz haya sido siempre el sol. Ora se defienda la teoría de las emanaciones, que considera la luz como substancia finísima emitida por los cuerpos luminosos; ora nos aten-gamos á la de las ondulaciones, que conceptúa la luz por efecto de las vibraciones comunicadas al sutilísimo éter; ora, en fin, abracemos la opinión, acariciada por muchos en nuestros días, que admite como naciendes de un mismo origen la luz, el calórico, la electricidad, el magnetismo y los otros fluidos imponderables; siempre será constante que al anunciarnos Moisés la aparición de la luz, sin darnos cuenta del cómo, no puede ser convencido de error, puesto que pregona uno de

¹ Summa, p. ii, tr. ii, q. lv.

² Hexamer, l. i, cap. ix.

³ Cosmog., día i.

los hechos más ilustres, menos explicados y más recóndos de la ciencia natural. Y tanto es más imposible argüir á Moisés de falsedad, cuanto que los modernos autores, apoyados en la sola observación de las cosas sobre los tiempos prehistóricos, no saben sino echar conjeturas y andarse muy á tientas en la aseveración de los sucesos, ¡cuanto más de sus verdaderas causas!

Bence Jones, miembro de la Sociedad Real de Londres, como advertimos en el capítulo anterior, pregonó en la *Revista científica* las por él imaginadas dificultades contra el Génesis; entre ellas, una era que «la noche, el día y la luz fueron antes que el sol, y que las tinieblas son substancia comparable á la luz según el Génesis». Más es menester que malicia para echarle en cara á Moisés semejantes despropósitos. Nadie en el día de hoy sostiene haber sido la luz posterior al sol considerado lumbrera del sistema planetario: nadie ignora ya que, según el sistema corriente, la noche, tinieblas, obscuridad, frío, fueron antes que quedase formado el astro central. ¿Dice acaso el Génesis «Háganse las tinieblas», como dice de la luz? ¿Qué son las tinieblas sino el éter sin movimiento, cual existió, declámas, antes del primer día? Aun á los Escolásticos se les alcanzaba la verdad que el naturalista inglés parece ignorar. El P. Arriaga, siguiendo al P. Molina, defiende contra Suárez que en el primer día no había sol, ni luna, ni estrellas, cuanto á su individual substancia; que, por lo tanto, la luz que brilló no era solar, sino otra criada por Dios sin auxilio de causa segunda. Pero de esto trataremos más adelante con más extenso discurso.

¹ De Op. sex dier., disput. xxxi, sect. ii.

ARTÍCULO II.

Juicio de la antigüedad acerca de la luz primera. — Las cosmogonías paganas la conmemoran. — Dictamen de los santos Padres. — La nebulosidad luminosa de los Escolásticos. — Cómo fi osofaban sobre la luz. — Razón de santo Tomas. — Parecer del Padre Tosca.

DESEMBARAZADO de tropiezos el camino, veamos qué sintió la antigüedad sobre la aparición de la luz.

En la India hallamos de esta obra un rasgo muy significativo. En el *Manava-Dharma*, ó Código de Manú, leemos: «Entonces Dios, eterno engendrador de sí mismo é inventor de las cosas, agitando las innumerables semillas, salió de la sombra nocturna; y lanzándose en todo el caos, lució y resplandeció en tanto que el mundo nacía». Aunque no tan claramente, las otras cosmogonías ofrecen recuerdos magníficos que demuestran la formación de la luz. Beroso dice: «Las tinieblas y las aguas envolvían el mundo todo... Pareció Bel y separó las tinieblas de la luz.» — Sanconiaton en la fenicia: «El principio universal de las cosas es el sopro del Espíritu obrando en las tinieblas del caos. El Espíritu ardió en deseo; el deseo engendró la materia terrestre: ésta brilló, y se tornó astros y planetas.» Los persas admitían que Hormuzd nació de la luz, y Arimán de las tinieblas: que pelearon los dos, y con ellos bienes y males. Los chinos creyeron que al cabo de diez y ocho mil años el caos se iluminó. Los egipcios juzgaron que el Espíritu de luz unido al caos formó un huevo, y de éste nació el dios fuego. Hermetes dejó escrito que Dios crió con su palabra al dios fuego. Los griegos en Orfeo leyeron que la tierra era invisible; pero que lanzada la luz por sus tinie-

¹ Manú, l.

blas mediante el éter, todo quedó alumbrado. Los latinos, por Ovidio, creían que no había cosa formada al principio, todo en lucha, frío con calor, húmedo con seco, blando con duro, leve con pesado, cuando sobrevino de lo alto el fuego y todo lo esclareció. Los germanos, en fin, al lado de su país brumoso colocaron el campo de luz. Apenas hay cosmogonía que no haga memoria de la iluminación de la masa caótica. Pero, ¿qué respecto tienen estos indicios con la claridad y lindeza de la expresión de Moisés? Ninguna cosmogonía posee como ésta el principio de la sublime sencillez.

Dejando la pagana antigüedad, demos mejor lugar á los santos escritores. De san Agustín sabemos ya que dudó mucho tiempo cómo debía entenderse el *fiat lux*, si en sentido corporal ó espiritual, pareciéndole que, caso de tomarse espiritualmente, debía significar la naturaleza angélica ó la iluminación de los soberanos espíritus. San Buenaventura, que quiso refutar la opinión de san Agustín, entendió con los Padres griegos y latinos la lumbrera material y sensible. El P. Valencia concedió no ser esto «improbable, si se admite la creación de la luz material juntamente con la espiritual». San Basilio pensó que la luz primera resplandeció separadamente antes que el sol; en cuya mole se derramó el cuarto día, cual si fuera substancia corpórea que se pasa de un cuerpo á otro.

Célebre fué entre todas la opinión la nube luminosa. Teodoreto y Apolinario ya la habían insinuado, juzgando que lo más sutil de ella se quedó después en el sol y en la luna, lo más tosco en las estrellas. Hugo de san Víctor

sigue ese parecer, y asienta que fué aquél un cuerpo lúcido que hacía veces de sol. El Tostado expuso también su nube esplendorosa. Alejandro de Alés la supone formada de materia preexistente. Lo propio á maravilla enseña san Buenaventura con el Maestro de las Sentencias, y añade que «de aquella nebulosidad englobáronse todos los cuerpos luminosos, entre los cuales tiene el principado el cuerpo solar» (*facta sunt omnia luminosa, inter quæ principatum tenet sol*).

Mas donde se encuentran y dividen estos autores es en el declarar qué se hizo de esta nube, cuando en el cuarto día se hubo de formar el sol. Cada uno responde al son de las ideas adoptadas en la explicación de los días: unos, que se desvaneció; otros, que se juntó con el sol; otros, que permaneció aislada y vecina á él; campeando singularmente la exposición, arriba tocada, del prestantísimo P. Pereira, sobre que aquel globo constaba de materia celeste y perdurable, de que se fabricó después el sol, no por trueque substancial, sino por condensación de la substancia y tomando su figura y recibiendo su nombre. Al P. Suárez le parecía cosa de milagro (*omnino præternaturalis tali corpori est*), y ponía no pocos reparos al P. Pereira; pero, ¿no es de maravillarse que en el siglo xvi se profesasen ya ideas que tanto frisan con las nuestras? Otra explicación indica el mismo Suárez, y tampoco la patrocina, y es haber estado la luz del primer día en la substancia del sol algún tiempo después de criado el astro. ¡En cuántas dificultades se engolfaban aquellos sapientísimos Doctores con su libertad de opinar! Cierto, uno de los mayores embarazos era compo-

¹ De Gen. imp., l. i, cap. v.

² De Civ. Dei., l. xi, cap. vii.—*Confess.*, l. xii, cap. ix.—*Genes. ad litt.*, l. i, cap. vii.

³ In II, dist. xii.

⁴ In Hexamer., hom. iii.

¹ L. I De sacram., cap. ix.

² II p., q. xlvii.

³ In II, dist. xii.

⁴ Comment. in Genes., l. i.

⁵ De Op. sex dier., l. ii, cap. ii.

ner el resplandor de la luz del primer día con la creación de los astros en el cuarto. Muy recia cosa se les hacía poner lumbre sin sol; los más de ellos resolvían la creación del sol antes del primer día, y en el cuarto su más esplendorosa aparición. Es muy para advertida la razón que apunta el P. Suárez en este capítulo en abono de su sentencia. «Allégase á lo dicho, dice, que no han faltado filósofos que estableciesen este principio: que los agentes criados no luego que empiezan á ser empiezan á obrar. Y según eso, podemos probablemente decir que á la criatura no se le debe el concurso divino para obrar en el mismo acto que es hecha. Si es probable después de una larga conservación del mundo, mucho más será creíble que sucediese en el principio de las cosas; y será más verosímil si las tinieblas precedieron á la luz un solo instante, como luego veremos.»

Santo Tomás refiere las varias sentencias acerca de la formación de la luz, y da su dictamen de la manera siguiente: «Algunos dijeron que aquella luz fué cierta nube lúcida que, después de formado el sol, se deshizo y desvaneció. Otros piensan que aquella nube todavía permanece y está conjunta con el sol, sin poderse apartar de él; otros que de ella se formó el cuerpo solar, lo cual no puede admitirse en el supuesto de que el cuerpo solar no sea de la misma naturaleza de los cuatro elementos... Y así hay que decir que aquella luz fué la luz del mismo sol, pero informe, en cuanto que era ya la misma substancia solar con su virtud iluminativa en general; pero con el tiempo le fué dada especial y determinada virtud para particulares efectos.» Lo mismo repite en otros lugares¹, queriendo dar el porqué de lo que

dijo el Maestro de las Sentencias, que de la luz primera fué fabricado el cuerpo del sol. En estas expresiones del Angélico se encubre una razón de altísima importancia; es á saber: si la luz del primer día era informe, no lo era porque le faltase virtud intrínseca, sino porque no había adquirido el ejercicio de ella ni mostrado su eficacia, como en el día cuarto mostró. Los antiguos Escolásticos, ya que anduviesen perplejos en muchos puntos de física, no dejaron de columbrar algunos destellos con que dieron á entender mucho más de lo que de su ignorancia los modernos podían prometerse. Á Santo Tomás ilustró el cardenal Cayetano, añadiendo que por no existir las concausas hasta el cuarto día, la virtud solar quedó informe y sin influir en la tierra. Al mismo tenor el esclarecido P. Valencia, interpretando una palabra de San Dionisio² y la exposición de Santo Tomás, dice que la luz era la del sol, pero informe y muy imperfecta; porque «el sol fué criado con todos los cuerpos celestes antes del primer día, sin luz; y en el primer día prendió en él la lumbre, aunque imperfectamente, y creció de virtud para los efectos proporcionados hasta más adelante»³.

Empero quien con más tino dió en el blanco fué el citado P. Benito Pereira, llamado con razón por el Doctor Molloy, el más sabio quizá de todos los comentadores del Génesis⁴. Tratando de conciliar á san Basilio con santo Tomás, discurre que la luz del *fiat* fué la del sol, aunque tenue é incipiente, por cuanto el nombre *or* se emplea para significar la luz solar, y este astro no quedó del todo formado hasta el día cuarto, en que pudo mostrar sin embarazo toda su actividad,

¹ Lib. II, dist. XIII, q. 1.

² De Div. nom., cap. IV.

³ Disp. V, q. III, p. 1.

⁴ Géol. et Rével., chap. XIII.

como santo Tomás enseña. Finalmente: no echemos por alto la explicación del P. Petavio, que puso la luz en la mole vaporosa y vastísima llamada agua y abismo. De algunas de estas exposiciones más adelante haremos mención.

Cómo se explicaba el día primero en el siglo XVIII nos lo dice claramente el P. Vicente Tosca, del Oratorio, varón señaladísimo en toda suerte de erudición y doctrina: «La substancia corpórea, criada de la nada, constaba de casi infinitos corpúsculos, menudísimos hasta lo sumo, incapaces de división ulterior, que podemos bien llamar átomos. Este amontonamiento de átomos encerrado en el vastísimo espacio del cielo empíreo, juzgamos que fué la primordial materia de todas las cosas corpóreas. De estos átomos ó cuerpecillos, ayudando la mano de Dios, nacieron otros cuerpecillos; porque juntándose los primeros entre sí de diversas maneras, formáronse innumerables moléculas, que, aunque mayores que los átomos, fueran insensibles á nuestros sentidos. Las partículas así formadas las meneó Dios con varios movimientos, dando á las más de ellas un impulso con que por sí mismas se apresurasen á ocupar el lugar del espacio medio: confluendo de todas partes al único punto, constituyeron el orbe terrestre... Además de los pequenísimos corpúsculos contenidos en esta ingente mole, fabricó Dios unos como rudimentos de las cosas, á los que comunicó una cierta fuerza proliíca que los hiciese aptos para la generación de las demás cosas... Y como todo estaba aún cubierto con un velo tenebroso, mandó Dios á la luz que resplandeciese: así, tronando la voz divina, *fiat lux*, se hizo luz; lo cual, según nuestra hipótesis de la luz, pue-

de concebirse de esta manera. Congregó el Señor la grandísima mole de sutilísimos cuerpecillos en un lugar, y excitándolos con un movimiento trémulo, vivísimo y vibratorio, constituyeron el cuerpo enorme luminoso en su interior; y así centelleó la primera lumbre... Después que hubo producido así Dios aquella casi inmensa soledad en que, según sus divinos acuerdos, había decretado fabricar los globos mundanos, se dispuso á formar los rudimentos de ellos en el siguiente día.» Esta suma cosmogónica descubre cómo los sabios de primeros del siglo pasado se iban dando en muchos puntos la mano con los modernos, sin perder de vista la enseñanza de los siglos anteriores.

ARTÍCULO III.

La exposición reciente.—El P. Pianciani.—Describe la obra de este primer día.—Singular testimonio de san Gregorio Niseno.—En la sentencia moderna campanan sechadamente los atributos de Dios.

UNA de las principales exposiciones que ha visto nuestro siglo, y la más acondicionada á los modernos descubrimientos, es la publicada en Roma por el P. Pianciani en su *Cosmogonia*, obra digna de que todos los amantes de estas cuestiones la sepan de memoria. De ella dieron noticia los *Anales de las ciencias religiosas*¹ y otras muchas revistas. La suma es como sigue, trasladándola del latín: «Las moléculas elementales, obedeciendo á la ley de la gravitación, fuerza era que se aproximase unas á otras, y que las deputadas por el Hacedor á formar los globos se juntasen para constituir los cuerpos celestes. Pues al salirse al encuentro las moléculas y acercándose mutuamente unas á otras, tenían que enta-

¹ Comment. in Genes., l. I, opus primi diei.

² Commentum philosophicum., t. III, gr. v, lib. I, cap. I.

³ Vol. VIII, cuad. XXVI, 1839.

¹ I p., q. LXVIII, a. 4.

² In II, dist. XIII, q. 1, a. 4; I p., q. LXVII, a. 4.

blar combinaciones químicas en conformidad con las leyes impuestas por el Criador. Así, de simples ó elementares moléculas se originaban cuerpos compuestos; y entre ellos se producía gran copia de vapor de agua. Y para no entrar en conjeturas que no son menester, podemos suponer que las primeras combinaciones no alcanzaron elevada temperatura, bastando la que es ordinaria en la tierra en tiempo de invierno. Así, con el oxígeno se combina el hierro cuando está partido, y no sin despedir calor luminoso, pues se quema el hierro expuesto al aire atmosférico: así también otros metales.

• Estos y semejantes fenómenos iban acompañados de alguna luz y elevaban la temperatura; de donde nacían nuevas combinaciones, y á vueltas de ellas crecimientos de luz y calor. Entre todas por principal ha de tenerse la composición del agua, que desprende grande abundancia de calor luminoso. Pues como existiese caudal grandísimo de oxígeno é hidrógeno, debió de aumentarse inmensamente el calor y la luz, resultando de ahí nuevas afinidades. Juntamente con el agua podían formarse alcalis y ácidos, sosa, cal, magnesia, sílice, potasa, ácidos carbónico, sulfuroso, sulfúrico y fosfórico... tomando en estas combinaciones mayores creces el calor y la luz.

• Entretanto, estas combustiones y composiciones se derramaban por los espacios, y con ellas la luz y el calor que los habían causado. Otras más cosas podríamos añadir; pero no hay necesidad: acaso parezca sobrado lo dicho. Ahora imaginemos que un espectador se sitúa en el espacio y dirige la vista á la tierra recién nacida: ¿qué verá? Al principio nada, por estar las tinieblas señoreando el interior del abismo: después de algún tiempo verá luz; suave y débil primero, luego más viva, y, en fin, tan

resplandeciente que encandile sus ojos. Ello es que la misma naturaleza nos conduce á confesar que el primer fenómeno ocurrido en la tierra fué la aparición de la luz. En lo dicho no acontecía cosa alguna casual ó vanamente; todo se nivelaba según el consejo y sabiduría del Criador. Al decir: *sea luz*, mandaba á la luz, es á saber, al calor luminoso, que pareciese cada y cuando tuviesen lugar combinaciones químicas; y á su imperio obedecían los cuerpos, así como ahora obedecen en las combinaciones luminosas. El sagrado escritor solamente indica la causa primera, es decir, el imperio de Dios, y el efecto visible: los otros efectos los pasa por alto, por no ser su oficio enseñar química ó cosmogonía á los hebreos. Esta luz mosaica resplandece y campea con tanta claridad, que, si no me engaño, buscar otra paréceme como encender una vela donde brilla el sol de mediodía.

Si á ésta añadimos la compendiosa explicación que nos dejó el eminente astrónomo P. Secchi, según consta en la obra litografiada del P. Ferrari, tendremos resumido el concepto que forma de este primer día la ciencia más reciente y adelantada. Dice así el P. Secchi: «La ciencia moderna ha llegado á la conclusión que al principio de las cosas todo nuestro sistema debía de ser una masa caótica y confusa, que poco á poco se fué ordenando, y que la primera operación hubo de ser un abrasamiento general producido por el mutuo choque de las moléculas, á causa de que el trabajo mecánico se convertía en calor: el primer aspecto de esta masa debió ser tal cual vemos en las nebulosas: operación descrita en el Génesis con aquellas palabras: *fiat lux*.»

Recogiendo, pues, todo cuanto se

• *Lezioni di Astronomia*: 1885, parte III, p. 432.

han alargado á discurrir los modernos en este primer acaecimiento, puede brevemente resumirse en estos particulares. Habiendo sido criada la materia en el principio del tiempo, luego fomentada con el anhélito del amor divino, estando apercebida para el movimiento, y mezclada convenientemente la ponderable con la imponderable, llevando en sí la preñez de los efectos físicos y químicos que debían dar nacimiento á las substancias corpóreas; estando todo en solemne silencio, déjase oír la voz omnipotente del Criador en el seno del abismo, voz llena de grandeza y majestad: ¡¡haya luz!! Intímarse el soberano mandamiento, y empezar las fuerzas á actuarse, la materia inerte á moverse, á despertar los mundos en germen y á dar muestra de sí el vigor molecular, fué obra de un solo punto. Echado fuera el manto espejo de tinieblas, entró brillando la hermosura en el desconcierto y confusión. El movimiento existió: la fuerza obró. Y decir movimiento no es señalar alguno determinado, ni de especial dirección, ni de virtud particular; sino general en todos los puntos, complicadísimo en todo sentido, vario de todas intensidades, absoluto en toda medida. Y decir fuerza es abrir un teatro de fenómenos imposibles de describir, dificultoso de rastrear.

Porque recibido el primer ímpetu, los elementos, que yacían retirados en la noche del abismo, despiertan y se estremecen; siéntense acosados de extrañas virtudes: la atracción los avecina, la impulsión los agolpa, la afinidad los compone, la cohesión los adhiere, la expansión los extiende, la resistencia los hace impenetrables, la compresibilidad los aprieta en pequeño volumen, la elasticidad restituye á su masa el natural tamaño, la repulsión los sacude y desecha, la reacción les concede energía para vencer

obstáculos, en fin, todas aquellas fuerzas depositadas por Dios en la materia caótica, actuando con prodigiosa ligereza y con inefable conato, de los elementos forman átomos, de los átomos moléculas, de las moléculas substancias simples; y torbellinos de cuerpecillos empiezan á bullir, y hervores de moléculas á segregarse, y turbiones de substancias á distinguirse; y la masa, antes informe y homogénea, se recoge ya, se condensa y converge toda hacia un centro común, formando una suerte de huevo cósmico, enriquecido de todos los astros que han de poblar la anchura de nuestro sistema. Tan poderosos efectos no podían ejecutarse sin dar lugar á continuos ardores, sin manifestaciones eléctricas, sin vórtices luminosos, sin que el éter, tembloroso, tropezando en los cuerpecillos formados, anunciase por doquier el *fiat lux*; con que al frío sucede el calor, á las tinieblas la claridad, al reposo el movimiento, á la confusión el orden, al caos la formación, á la inercia de la materia una inmensa fragua de asombrosa actividad.

Mas si el calor se ha cebado en las combinaciones químicas, si la luz ha empleado su vigor vivificante en la constitución de las moléculas, si las fuerzas mancomunadas han excitado en la materia ardor y luz, no ha sido ardor vehemente ni luz intensa, sino mansa temperatura, lumbre apacible que por grados irá subiendo hasta el de incandescencia.

El Autor omnipotente, que había dado á las fuerzas la orden de estrechar su eficacia, á fin de acrecentar su potencia imprime á la vasta mole un movimiento de rotación sobre sí misma; y empieza á conmoverse sobre sus quicios el mundo gaseiforme con sereno majestad. El movimiento giratorio engendró nuevo calor en el seno de la nube molecular: el calor acrecentamiento de luz; y era ésta ya difusa,

fosforescente, capaz de ser vista. El Espíritu de Dios, que había asentado en los elementos su poderío, y enriquecido de cualidades las mínimas partículas, llegado ahora el momento en que la masa total empezó á moverse, hace que todos los átomos bullan á la redonda corriendo circularmente, y ardan y levanten llamarada, recogién-dose en el centro hasta tanto que la antes ceñida tiniebla, y luego vislumbreada, se torne lumbre más viva, y avivándose más con las vueltas y echando nuevos destellos, brille en fin vivísimamente.

Estas fueron las albricias que alegraron la primera creación y dieron regocijo á la naturaleza toda. Mediante la virtud de las fuerzas naturales, iba Dios disponiéndolo todo fuerte y suavemente en peso, número y medida: en peso, y haciendo entrar en cada combinación una cantidad determinada de moléculas simples, establecía la ley de las proporciones definidas; en número, y juntando al peso de un cuerpo el de otro en cierta progresión numérica, fundaba la ley de las proporciones múltiples; en medida, y dando á cada simple un peso invariable según cierta tasa para combinarle con otro, proclamaba la ley de los equivalentes. Así se dictaron las leyes que rigen y regirán las substancias materiales. Al sonido de la palabra divina nació la geometría, la mecánica, la dinámica, la química, la estática; y en el seno de la inmensa capacidad material resolvíanse los más arduos problemas que jamás entendimiento humano supo ni sabrá plantear, cuanto menos resolver.

En tanto que rodaba la masa, iba tomando forma globular: elevábase la temperatura, avivábase la lumbre, crecía la intensidad de las acciones mecánicas y apretábanse las partículas, acogiéndose al centro con más presteza é inclinación. Al compás de la condensación central toma vuelo

mayor la fuerza centrífuga de las partes exteriores: tales son ya las vueltas que la mole da, que despiden intenso calor y centellea con suma claridad. En el momento en que, por condensación y aceleramiento, la fuerza centrífuga no fué poderosa á contrarrestar el ímpetu de la fuerza de proyección, parte de la masa desamparó la superficie, soltóse, y siguió dando vueltas por el espacio etéreo, á merced de la divina providencia. Así se engendraron planetas y satélites; así se fundó el sistema solar.

Contemplemos el huevo cósmico del sistema planetario, que en este primer día esparció por el mundo rayos de bellezas, dando ser á sus principales globos. Si juntásemos con la masa del sol las de todos los planetas y cometas, reducida toda á puro gas y derramada por el ámbito que corre desde un extremo al otro de la órbita de Neptuno, ¿quién dirá la cantidad de calor excitado por el movimiento de tan asombroso volumen? Pues así que esta nebulosa planetaria, venida la hora en que la fuerza centrífuga de la superficie esferoidea creció y venció en intensidad á la centrífuga, fué afojando las riendas y dando de sí planetas y más planetas, y éstos, á su vez, y en sus propias condiciones, satélites y más satélites; centelleaba cada cual primero como un sol con luz propia, y pasaban del ser de estrellas lúcidas al estado de cuerpos opacos, al paso que se efectuaba la condensación interna y que la radiación externa debilitaba el exceso de calor. Todos los planetas en este primer día se formaron; en este primer día se deslustraron; en este primer día se liquidaron, y siendo primero astros rutilantes, cayeron en la necesidad de cegar y de correr con luz prestada. Á este mismo tenor nuestra tierra, en llegando á globo aparte y distinto de los demás, atesoraba dis-

vapores ó gases las substancias elementares que en el día la constituyen.

Todo lo dicho va según las exigencias de las opiniones que más privan hoy en la república científica.

Esnos grato trasladar aquí la autoridad de san Gregorio Niseno, para que se entienda cómo ya en el siglo iv no faltaron en la Iglesia ingenios que volasen por las secretos de la naturaleza y columbrasen las ideas que habían de reinar en el xix. Dice así el docto escritor: «Cuando fué fabricado el universo, antes que se manifestasen las cosas que le habían de adornar, todo era tinieblas, porque todavía no había amanecido la lumbre del fuego que estaba oculta en las partículas de la materia (ὅρατο γὰρ ἔξαρσίνη τοῦ παρόντος ἢ αὐτῆς ὑπαρκτουμένης τοῖς ἡμέτεροις τῆς βίτης). Y así como los pedernales yacen en la obscuridad, por más que posean su natural virtud de dar centellas de luz, y las den al frotar unos con otros, y entonces la misma luz los pone en evidencia; así también visibles y sin aspecto eran todas las cosas (ἀόρατα καὶ ἀφανῆ τα πάντα τῆ) antes que saliese en público la esencia luminosa (φωτιστικὴ οὐσία). Porque habiendo existido en un punto juntamente todas las cosas por un acto de la divina voluntad, y estando todos los elementos indistintos y mezclados confusamente, también el fuego, diseminado por todas partes, estaba obscuro, latente en la masa material. Mas, siendo él de su condición ágil y rapidísimo, en dando Dios á la naturaleza de las cosas el primer movimiento para que el mundo se constituyese, salió al punto de sus escondrijos, y centelló de las cosas más pesadas, y todo en el acto lo llenó de su resplandor.»

Luego más adelante continúa describiendo el movimiento que el fuego causó en la masa material, diciendo en esta forma: «Como el fuego, que de suyo velocísimamente sube arriba,

hubiese brotado, cual saeta arrojada del arco, de los elementos de la mole mundana, y hubiese avivado todas las cosas con gran presteza, ni pudiese continuar el movimiento recto; en llegando á los extremos de la creación, fué menester que tomase movimiento circular. Porque siendo tasados los linderos de las cosas sensibles, y careciendo el fuego de lugar para ir derechamente, ha de revolver sobre sí y moverse girando en torno. Y así Moisés, teniendo en cuenta el movimiento del fuego, no dice que la luz procreada permaneciese en el mismo lugar, sino que, penetrándolo todo, en unas partes alumbró y otras dejó en tinieblas.» Hasta aquí el divino Gregorio, sabia é ingeniosamente. Del cual da el canónigo Motais esta justísima sentencia: «San Gregorio Niseno, dice, aun sin tener á mano ninguna de las respuestas que hoy en día poseemos, no traza línea en su exégesis que no pueda sobrevivir á la hipótesis contraria. Una inmensa é impalpable materia, es decir, una nebulosa diseminada en los espacios con leyes providencialmente infusas é inmanentes, sin más acción que las leyes primordiales, sin intervención de ningún género, se torna, en la pluma del santo escritor, después de muchas revueltas, el brillante Cosmos que se reexplaya hoy á nuestra vista.»

La dificultad que pudiera ofrecer el texto antes citado nace de confundir la luz con el fuego, por no ser propio del fuego brillar, sino calentar los átomos de un cuerpo, despertando en ellos agitación trémula, si ya no es efecto del movimiento el calor mismo; pero el fuego primero parece calor que lumbre. Con todo, suele su eficacia ser tal, que, empezando por calentar, remate en lucir; y quedando así plenamente verificado el *αορ* mosaico, no dudamos que la explicación de san

¹ Origine du monde d'après la Tradition, 1888, chap. III.

² In Hexamer. liber.

Gregorio Niseno es, de las antiguas, la más acomodada al estilo moderno. Tal vez, siguiendo las huellas de este santo escritor, creyeron y apellidaron fuego la luz del Génesis Severiano¹, san Cesáreo² y el Damasceno: por cierto que en más de un lugar emplean las divinas Letras una cosa por otra; amén de la costumbre de los hombres populares.

Cuán conforme á razón sea esta manera de exponer la formación de los cuerpos y el apareamiento de la luz, se demuestra claramente en el supuesto de haber sido Dios el autor del primer movimiento, y dejado á cargo de las causas segundas el llevar hasta el cabo los efectos que sus naturales fuerzas podían ejecutar. En esta obra resplandece el señorío absoluto de Dios, que pone en las causas encerrados sus efectos y energía para hacerlos visibles; resplandece su sabiduría infinita, dando á cada ser habilidades para obrar según las leyes establecidas; resplandece su eterna bondad, produciendo más noblemente los resultados cuanto más ordenadamente se disponen los principios; resplandece su poder, que tanto es más soberano cuanto de más lejos prepara y endereza los sucesos; resplandece, en fin, su admirable providencia, disponiendo los órdenes de cosas de modo que las mayores salgan á luz y se perfeccionen mediante las inferiores y más humildes.

ARTÍCULO IV.

Varias sentencias que explican las tinieblas y la claridad. — Sentencia más obvia. — El día primero es de larga duración. — Repugna el movimiento eterno de la materia.

RESTA averiguar cómo esta luz así descrita se compone con el llamado *dia* en este quinto versículo. Porque Moisés claramente sig-

¹ Hom. 1 y iv. *De mundi opif.*

² Dialog. 1, quest. LVIII.

³ P. TILMANN PESCH: *Inst. Philos.*, l. m, disp. 1.

nifica que rompió que hubo la primera aurora, dió principio el curso de días y noches; y eso no pudo ser sin que la tierra se revolviere sobre su eje y causase vicisitudes ordenadas de luz y tinieblas. Es, pues, de saber, que, como tienen graves autores, en este mandamiento del primer día se contienen grandísimos arcanos. En él se contiene el primer alumbramiento del mundo, en virtud de aquella fuerza divina, que, tomada posesión de la materia, la tornó de hecho fecunda y la convirtió en ardentísima fragua de soles. Aquí comenzó, en este encendimiento, la producción de los primeros globos, que, según algunos modernos, eran los progenitores de los innumerables sistemas que pueblan el ámbito de los cielos; y sucesivamente cada sol en su manera fué pasando por una misma alteración, y dió nacimiento á los diferentes planetas y cometas que componen su cortejo; por manera, que la lumbre, una vez encendida en lo más alto, ancho y profundo de la materia cósmica, fué poderosa para dar lustre de ser á todos los astros que ruedan por los espacios.

Al voltear la inmensa nebulosa sobre su propio eje, y al desatarse en grandes pedazos, resultaban espacios oscuros, en que sólo reinaba el éter; y el éter no es de suyo luminoso, aunque es vehículo de la luz. Negros desiertos eran los intervalos que mediaban entre las masas desprendidas, tinieblas eran los campos del éter solitario. Así explica el sabio Arduin la separación de luz y tinieblas¹, pensando que modelado en este primer día todo el ejército de estrellas que hermocean el firmamento, grandes eran las tinieblas, preciosos los raudales de luz, y que aquí pudo tener lugar el *divisit Deus lucem a tenebris*, según trae el original: *inter lucem et inter tenebras* (בין האור ובין החשך).

¹ *Cosmogonie*, leçon xv.

En su lugar diremos qué dificultades contiene esta interpretación. Otros, como el erudito Juan d'Estienne¹, entiendo la separación de tinieblas y de luz según la diferencia que iba entre la noche obscurísima del caos y el fulgor que la tierra había adquirido. El Padre Pianciani opina también que habiendo primero tinieblas, la presencia de luz ya de suyo ponía perfecta división; y luego añade: «Quiso Dios además que ni perpetuamente, ni en todo lugar reinasen ó luz ó tinieblas; sino que entre las dos se repartiesen las soledades de la inmensidad». Otros, como nuestro geólogo Juan Vilanova y Piera², son de parecer que la luz del primer día «puede referirse al estado luminoso y de elevadísima temperatura que reinaba á la sazón en la superficie terrestre».

Otros, presuponiendo nuestro globo ya fabricado y en vía de consolidarse, opinan que sin duda alguna se bañaban con sus rayos no pocas estrellas que todavía conservaban lumbre propia; y nadando en un piélago de resplandor, que de mil partes embestia su corteza vaporosa, debió de llegar un punto en que los rayos difusos de los astros pudiesen penetrar en las capas densas de la atmósfera, hasta herir de algún modo la sobreheza y causar un cierto asomo de esclarecimiento, que á un ser animado le hubiera sido suficiente para diferenciar el día turbio de la cerradísima noche. Pues en este punto juzga el ilustre M. Pozzy³, que se verifican las palabras «dividió el Señor la luz de las tinieblas, y llamó día á la claridad, y á la obscuridad noche»; y con razón día y noche, porque la rotación de la tierra debía causar alternativas en su propia superficie. Que no va fuera de camino esta

exposición, es manifiesto; pues comienza Moisés en estos versículos á enumerar y á disponer las obras de los días restantes.

Mas; por qué, claman otros, no hemos de comentar las palabras del primer día en sentido más llano y popular? Admitido el enfriamiento gradual de la nebulosa primitiva, desatada de la nebulosa solar la terrestre, y supuesto, en el sistema de Laplace, que la masa de nuestro planeta se iba enfriando por momentos; vendrá sin duda el caso en que la tierra, de astro brillantísimo se torne cuerpo opaco, pierda el resplandor, y deba vivir á expensas de los raudales que el sol se digne comunicarle: aun entonces no dejará de gravitar y de sentir el imperio y la necesidad de correr en torno del foco solar; y hecha la tierra globo de algún modo independiente, aunque siempre sujeto á revolverse alrededor del sol, padecerá sus vicisitudes de luz y de obscuridad, sus días y sus noches: cierto, años, y siglos quizá, habrán sido menester para venir á la forma redonda, y entre la primera aparición de la luz y la división de luz y tinieblas será fuerza interpolar cuantos de años necesarios para verificar esa mudanza; mas no es tiempo lo que en esta parte más importa, sino justificada oportunidad. Siendo ello así, llámese en hora buena *dia* el intervalo de luz solar, y *noche* el de tinieblas que ocuparon el globo terráqueo, y déles nombre el mismo Señor, cuyo es el día y cuya es la noche⁴.

Según esto, siguiendo la exposición indicada en el capítulo antecedente, lícito será afirmar que, si bien el *fiat lux; et facta est lux*, es palabra de suma veneración, y preñadísima de misterios, cuya solución, por más que porfien los hombres, quedará, creemos, escondida en los secretos del Altísimo; mas viendo que Moisés no

¹ *Comment s'est formé l'univers*, part. II, § 1.

² *Cosmogon.*, § xxxvi.

³ *Compendio de Geologia*, parte iv.

⁴ *La Terre et le récit biblique*, 1874, p. 312.

⁵ Ps. LXXIII, 16.

dijo: *hágase el sol*, por cuanto el sol que ahora vemos se acabó de formar despacio mucho después que la tierra hubo despedido rayos, y que primero fué su luz remisa, su volumen exorbitante, su constitución interna muy otra que la que hoy posee; yendo las cosas así como decimos, y que cuando la tierra quedó privada de claridad propia, ya el sol echaba rayos de hermosura y majestad; bien podemos creer que los resplandores del sol se habían abierto paso por la atmósfera terrestre, sin por eso esmaltar su sobrehaz sino con luz muy amortiguada, bastante empero para hacer diferencia de noche negra á diurno esclarecimiento. Este fué el punto en que tuvo cabida la proclamación de la luz y en que se hizo la división de día y de noche. Y pues éste era un suceso preliminar, que debía servir á la fundación de los reinos vegetal y animal, Moisés, al pronunciarle ya ejecutado, tuvo en cuenta el acontecimiento más capital de toda la época primaria¹.

«Y se hizo tarde y mañana un día», ya sigamos el estilo de los hebreos que empleaban nombres cardinales, ya digamos que siendo uno no alcanza á ser primero hasta que amanezca el segundo. La tarde significa la obscuridad que entenebrecía el mundo antes de resplandecer la luz. «No eran noche las tinieblas, dice agudamente san Agustín, porque no había precedido el día²»; pero fueron víspera de luz, que creciendo mansa y despidiendo suave claror, como de aurora naciente, vino á exaltarse por grados hasta romper muy adelante en sol lleno y esplendoroso. Así terminó el primer día; y el terminarse no quiere decir que luego diese principio la alborada del segundo. Hubo de transcurrir largo tiempo ínterin se apercebían las cosas

¹ P. A. CASTELAIN: *La première page de Moïse*, 1884, 8.ª conferencia.

² *Serm. 79 De diuina*.

necesarias para la división de las aguas, materia del segundo día. En la sentencia que juzga períodos los días mosaicos, la mañana es el tiempo pasado en la formación de un orden principal de cosas, la tarde el remate de la operación divina y principio de la siguiente.

Ha parecido bien insinuar estas varias exposiciones para que se entienda cuán amplias son las palabras de Moisés, y por cuán dilatado campo puede correr la científica interpretación.

Pero entre tantas disonantes voces, una es la común y universal contenida en el *fiat lux*; á saber: la inauguración del movimiento. El primer día de Moisés se abre con el movimiento de la materia. El movimiento de la materia no es eterno: Dios por sí mismo, porque quiso, dió el primer impulso á la materia, hizo que se moviese en el tiempo. Todos los filósofos dignos de este nombre han aclamado la inercia de la materia. Leucipo pensó que era eterno el movimiento en el mundo, Demócrito aprendió de ésa necesidad, Epicuro se la oyó á Demócrito; pero éste mereció que sus compatriotas, al entender sus desatinados discursos, en vez de filósofos que con él disputasen, le enviaran médicos que le curasen aquella desconcertada cabeza. Nunca se le pudo asentar en la suya á Juan J. Rousseau que fuera posible movimiento eterno en la materia. «Concebir la materia como productora del movimiento, decía, es claramente concebir un efecto sin causa, es concebir absolutamente nada... ¿No es cosa manifiesta que si el movimiento fuera esencial á la materia, sería también inseparable, incommunicable, ni podría crecer ni menguar?... Cuando oís hablar de una fuerza ciega difundida por toda la naturaleza, ¿qué idea se despierta en vuestro pensamiento? Ninguna: creen decir algo con llamar *fuerza universal, movimiento nece-*

sario; en hecho de verdad, nada dicen³.» Así va discurriendo otras razones con que confutar la eternidad del movimiento, que debían de echar en confusión la arrogancia de los modernos que setullan *libre-pensadores*.

Pero la escuela positivista ensalza la materia eterna para proclamar sin rebozo la eternidad del movimiento. Para demostrar la vanidad de este apodo seductor, basta establecer la inercia de la materia, principio fundamental y absolutamente necesario, sin el cual las ciencias físicas se hundieren. La mecánica se halla falta de base, la ciencia moderna se pierde y aniquila.

«*Omne quod movetur ab alio movetur*», es adagio de los más célebres del Peripato⁴. Á toda cosa que se mueve, otra la mueve; agente y paciente dos cosas son diversas. Este principio es de indisputable verdad y de extensión universal. Sobre él fundase el santo Tomás la prueba de la existencia de Dios⁵, concluyendo que, pues no hay ser movido sino aquel que estuvo en potencia al movimiento, y de la potencia hubo de sacarle otro que estuviera en acto, porque es imposible estar una cosa á la vez en potencia y en acto, no habiendo cosa que sea causa y al par efecto; todo ser puesto en movimiento arguye un primer motor, que es Dios, acto purísimo. Lo mismo estableció Aristóteles⁶. Fúndase esta razón en el solemne principio: el primer ser campea y señorea sobre el no-ser; pues que acto es ser, potencia haber de ser.

De aquí es que los graves, que parece se mueven á sí propios, no hacen sino rendirse á fuerza extraña; la cual llámese atracción ó gravedad, ello es que la ciencia, que no sabe dar razón

de esta causa, tiene por asentado que pasa todo cual si los cuerpos ejerciesen una acción atractiva sobre los otros cuerpos situados á larga distancia.

Ni obsta el que los animales se muevan con actividad propia; porque, ¿quién mueve las alas del ave? ¿acaso los músculos? ¿los nervios? ¿Y quién tira de los músculos y nervios? ¿Quién sino una fuerza distinta de ellos? Si, pues, el animal se mueve á sí propio, no es sino porque entraña un principio inmaterial que causa sus movimientos⁷. Más: si el hombre siente y experimenta movimientos en los sentidos, no es porque el cuerpo mueva al cuerpo, ni el alma á sí propia; sino que á causa de la excitación que le viene al cuerpo de fuera, se despierta la actividad humana, y el hombre se siente movido; señal clara de que tenemos en la sensación motor movido. Finalmente: si el alma piensa y quiere, no es que se excite á sí misma, y sea á un tiempo acto y potencia: sino que el entendimiento da ojos á la voluntad mostrándole el bien, y la voluntad espolea al entendimiento aplicándole á considerar la verdad: fuera de que los pensamientos han menester imágenes y figuras que los representen. De todo lo cual inferimos que moviente y movido son dos cosas distintas que no se compadecen en uno, y que por tanto es condición metafísica de los seres contingentes no moverse á sí propios, sino recibir de otra parte el impulso y movimiento⁸. El mismo Tyndall, que en su discurso de Belfast atribuyó al átomo espontaneidad y aun actividad psíquica, admitía después el principio de la inercia sin linaje de disputa.

Supuesta, pues, esta verdad, ¿qué será la materia eterna? ¿Qué será la existencia de una substancia inerte y

¹ *Emilio*, t. II.

² ARISTOT.: *Metaphys.*, lib. V, cap. XI.—S. THOM.

1 p., q. XXV, a. 1.

³ 1 p., q. II, a. 3.

⁴ *Physic.*, lib. VII, cap. V.

⁷ S. THOM.: *Contra gent.*, lib. II, cap. LXV.

⁸ P. REGNON: *Métabolique des causes*, 1886, livre II, chap. II.

sin movimiento, si se la considera eterna? Porque, una de dos: ó se mueve ó está en reposo. Si está en reposo, ¿quién la saca de su inmovilidad? ¿Quién hace fecunda su esterilidad? Si la actividad es ajena de su ser, tendrá que venirle de fuera: de lo contrario, perdurable será su inacción; y ¿cuándo el mundo vendrá á despertar con su variedad de formas animadas?

Si suponemos que *ab eterno* estuvo en movimiento, como el átomo que se mueve no puede modificar de por sí el movimiento adquirido, se moverá eternamente de la misma manera y en la misma dirección, y al moverse uniformemente no andará sujeto á leyes, ni á orden, ni á plan, sin que presida la obra algún ordenador. Siendo así, y teniendo ser *ab eterno* el movimiento de una substancia corruptible, se habrá desvuelto del todo y llegado á su término desde toda la eternidad, porque toda causa eterna en nuestro caso ha de producir eternamente su efecto, y por consiguiente, en el día de hoy habríase agotado todo movimiento posible, y el mundo estaría quedo, en reposo, y lleno de espantosa esterilidad.

Demás de esto, los átomos ó partículas menudísimas de la materia consta, habrían podido formar una serie infinita de mudanzas: porque las dichas partículas podrían haber entrado en tantas combinaciones sucesivas, cuantos fueran los instantes transcurridos; y como la eternidad equivale á una infinidad de instantes, tendríamos ahora en esta actualidad un número infinito de sucesiones y alteraciones finalmente rematado. Fuera de que á cada alteración de éstas podía haber sido creada una substancia espiritual é inmortal, y nos hallaríamos al presente con otra infinidad de seres igual al número de alteraciones atómicas. Y no hay filósofo que arrostre en buena filosofía á un número infinito actual de seres contingentes. Luego absurdo

es admitir la eternidad de la materia.

Añádase la imposibilidad de un número infinito de mudanzas, y en el supuesto presente tendríamos tantos infinitos cuantos son los intervalos que hay entre el instante actual y el momento de la producción de un fenómeno pasado. Finalmente: si los átomos siempre y eternamente se mueven, ¿qué progreso hacen? ¿Cómo se adelantan? Si no tienen ser de nadie sus movimientos, ¿cómo se descomponen, se alteran, se menoscaban?

Es verdad que conocemos la materia por sus cualidades sensibles, y podíamos hacer cuenta que en su íntima esencia se esconden virtudes ignoradas; mas, aunque no osaríamos determinar todas las que posee y no posee, debemos sin zozobra negarle el movimiento eterno. Todo cuanto la experiencia nos enseña, persuade ser absurda la eternidad del movimiento en materia deleznable, porque en movimientos diversos, contrarios y ordenadísimos, ¿cuál de ellos es esencial? Y si todos, ¿qué ley los rige? ¿Quién dió fuerza á esa ley? Dada la facultad de moverse, no habría manera de impedir los trastornos causados por esa facultad, si fuera tan esencial.

Pasemos por alto otras pruebas sugeridas por las ciencias modernas. No faltan doctos que con su erudición y elocuencia nos han quitado el trabajo, tomando á su cargo la exposición y defensa de ellas. Quien deseara verlas á lo largo, en manos de todos andan sus libros. Sin embargo, es mucho de advertir que si tuviéramos que habérnoslas con hombres que reconocen la existencia de Dios Criador y Conservador del Universo, tal vez á las razones de dichos libros podrían hallarse réplicas; mas siendo nuestra contienda con gente que sólo dan por asentada la materia, y esa eterna, es imposible que se les vuelva la hoja á razones tan manifiestas.



CAPÍTULO XIV.

LAS LEYES DEL UNIVERSO.

«*Et vidit Deus lucem quod esset bona.*» (V. 4.)

ARTÍCULO I.

Hermosura de la luz primera.—Formación del reino elemental.—Leyes generales del mundo corpóreo.—La naturaleza en este día ostenta su poderío.—Las causas naturales obran necesariamente y dependen de su Hacedor.—Existen leyes naturales.—Y son hipotéticamente necesarias.—Claudio Bernard las hizo ilusorias.—Testimonio de san Agusín.

La luz prendida en la masa cósmica no fué lumbre particular que ardiese en algún punto determinado: fué luz encendida «en aquella vastísima niebla y vapor, dice Petavio, que la Escritura llama agua y abismo». Y pues el Génesis no define si ha de entenderse de la tierra ó de otro astro alguno, «nadie quita que nos representemos un incendio grandioso y aun una conflagración universal que por argumento de analogía parece probable».

Empero viniendo á nuestra tierra, considerándola desgajada de la nebulosa solar, al principio despedía pálidas vislumbres, luz medio muerta sin claridad; mas luego, entretanto que su masa iba haciéndose más espesa, y menguaba lo largo de su diámetro, y apretábase en menor volumen, resplandecía con tanta mayor viveza, que parecía estrella centellante, tal

vez más fúlgida entonces que el mismo sol que hoy tenemos. ¡Qué hermosos, qué galanos eran los rayos que despedía! ¡Con qué complacencia contemplaban los ángeles la lindeza de aquellos torrentes de apacible claridad y los manantiales de ardentísimo calor! ¡Cómo se holgaba Dios de haberla criado! «*Vidit Deus lucem quod esset bona* (וַיִּרְאֶה אֱלֹהִים אֶת-הָאוֹר כִּי-טוֹב). ¡Buena era la primera aurora, rico caudal que tantos bienes había de acarrear al universo mundo! ¡Buena era la luz, obradora de tan divinos efectos como debía causar en los elementos corpóreos! Agradó al Artífice el candor de aquella primera luz, y tuvo por buena su virtud y acondicionada á las trazas de su providencia. No nació el mal de las entrañas de las cosas, ni el desorden fué parto del plan divino. ¿Qué prenda del amor eterno podía competir con la creación de la luz? ¿Qué belleza merece nombre de tal, si la gracia de la luz no la engalana y recrea? Aprueba el Hacedor su primera obra, y con el sello de su aprobación asegura á la luz larga duración en sus dichosos efectos.

Declaremos, como posible fuere, el motivo principal del agrado del Señor al aspecto de esta obra. En el primer día, decíamos, se fraguaron las substancias simples con sus condiciones y virtudes; conviene á saber: las natu-

¹ De *Opif. sex dieb.*, l. 1, cap. viii.

² PIANCIANI: *Cosmog.*, § xxxiv.